

## Una idea de Ermes Torranza (relato)

---

Antonio Fogazzaro

Escritor, Italia

Relato publicado el 15/07/2016



Reconocimiento-No comercial-Sin obras derivadas 3.0 License

Demasiado conservador para ser *scapigliato* (pese a sus contactos milaneses con Emilio Praga, Arrigo Boito o Iginio Ugo Tarchetti) y demasiado rebotante de optimismo como para ser verista, Antonio Fogazzaro (Vicenza, 1842 - 1911) debe en gran medida su fama a la trilogía de los Maironi, especialmente a *Piccolo mondo antico* (1891), novela en la que volcó una de sus temáticas predilectas, los pasionales contrastes sentimentales de personajes nobles en pugna por conciliar fe y ciencia dentro de una refinada ambientación aristocrática. Los relatos que aquí presentamos pertenecen a la colección *Fedele e altri racconti*, publicados en Milán en 1887.

## I

El profesor Farsatti de Padua, el mismo que tuvo con Mr. Nisard la famosa polémica sobre las *fabulae Manes* de Horacio, solía decir de Monte San Donà: “¿Qué quiere? ¡Poesía francesa!” El solitario edificio, el viejo jardín de los San Donà le eran un poco menos desagradables que “Mesieu Nisarde” desde el otoño de 1846, cuando había sido invitado por los nobles dueños a comer tordos y entre los cuales se habían colocado suntuosamente los estorninos. Desde el sendero de la entrada con sus castaños de Indias tallados en cubo, hasta el laberinto, a los juegos de agua, a la larga escalera que asciende el cerro, desde los cimientos hasta el pesado ático del edificio, el excelente profesor lo encontraba todo pretencioso y mezquino, artificioso y prosaico. “¿Qué quiere? ¡Poesía francesa!”

En la época de los estorninos, quizás, habría sido así. El profesor no quiso volver a ver Monte San Donà, y duerme profundamente desde hace varios años, en su campo de batalla, como puede bien decirse:

...*Nox fabulaeque Manes*  
*Et domus exilis Plutonia*

Ahora, la familia San Donà, que ha vivido con cierto lujo hasta 1848, practica rígidamente, bajo el mando del noble señor Beneto, la economía de la que algunos indicios aparecen hasta 1846. Para el señor Beneto no existe poesía francesa ni italiana; y, sobre la colina, el jardín, dejado casi por entero a propias pasiones, ha estropeado las frías elegancias, ha tomado, entre los blandos viñedos de los otros cerros, un aspecto salvaje, vigoroso, que le queda muy bien en aquel seno solitario de los Euganei. Arriba, el laberinto fue hecho prado; los caños de los juegos de agua están todos desgastados; los castaños de Indias han sido sustituidos por el señor Beneto por dos hileras de moreras. Quería abatir con el mismo fin científico los chopos seculares del pomposo sendero que va desde Monte San Donà hasta una humilde callejuela comunal; pero la señorita Bianca los defendió con pasión y lágrimas contra el agudo argumento de papá: “bezzi, bezzi”. Cuando, en abril de 1875, Bianca se casó con el señor Emilio Sparcina de Padua, pidió y obtuvo como regalo del padre la promesa de dejar en paz los queridos chopos que tantas veces la habían visto correr y saltar, antes del colegio, con sus aldeanas amigas, y más tarde leer *Rob Roy*, *Waverley* y *Ivanhoe*, tres pobres viejos libros de la delicada biblioteca de casa, tres pobres viejos libros inmortales que ahora esperan sobre su estantería otras ávidas manos, otros ardientes corazones inconscientes de nuestro gran arte moderno.

Ermes Torranza, el poeta, le decía que ella misma, a los quince años, parecía un pequeño chopo risueño ante cada soplo de viento, y que, es verdad, las colosales plantas le correspondían con ternura paterna. Torranza lo decía en serio, él tenía en la sangre ese fantástico sentimiento hacia la naturaleza, esa lucidez que nuestros fríos críticos le reprochaban, quizás, equivocadamente. De hecho, en septiembre del 79, Bianca volvió a Monte San Donà, sola, con el corazón amargado; y le pareció, al pasar junto a los chopos, que Torranza había tenido razón, que las plantas adquirirían con ella la expresión de aquel reproche afectuoso que acompaña a la tristeza y el silencio. El pequeño señor Beneto no siguió este método. Siempre lo había dicho aquel padre sabio y profético, que habría terminado así, que demasiados libros y demasiada música no conducían a nada bueno, que por querer forzosamente refinarse, estaba perdiendo la cabeza. ¿Creía la señorita que había nacido para casarse con un príncipe, con un Crespo, con uno de esos? ¿Eran esos los ejemplos que había recibido la buena mujer de su madre? La mansa señora Giovanna San Donà, una santa a la fuerza, no participó en los enfados de su temido señor, de esa forma, se alegró secretamente de que la muchacha no se hubiese dejado pisotear y santificar como ella. Bianca había vuelto a amar al jovencito rubio que había dado un paso hacia delante, después de un largo suspiro, pidiendo su mano; pero los suegros ordinarios, avaros, rabiosos le habían parecido intolerables. El marido, bueno aunque débil, no se atrevía a protegerla como era debido; de ahí los desprecios y las lágrimas. No tenían hijos; y de esa manera Bianca había podido, en un impulso de cólera, volverse a su solitario ángulo de los Euganei, a sus chopos venerables.

Había creído, sí, además, que era observada severamente; pero después les contó tantas y tantas cosas que cualquier frialdad entre las viajes plantas y ella fue alejada. Dos meses después de su regreso, cuando vio, en un brillante día de noviembre, que las últimas escarchas y el gran viento del momento le habían desnudado de hojas hasta su cumbre, aquellos trémulos penachos amarillo-rosáceos la hundieron en una profunda melancolía, sintió que los chopos la saludaban desde lejos como fieles amigos, próximos a decaer, a perder la palabra y los sentidos.

Todo, junto con eso, desfallecía en la gran paz, en la límpida luz de la tarde de noviembre; todo, excepto el oscuro dorado de los cipreses que desde los viñedos desiertos cerca de Monte San Donà se erguían aquí y allí bajo el cielo blancuzco de oriente. La joven señora había paseado por mucho tiempo por los viñedos y ahora, al caer el sol, descendía, poco a poco, hacia la costa que bebe de este con sus guijarros y con las inclinadas encinas la última tibieza. Ella miraba, distraída, antes que las densas hojas del sendero, antes que la hierba gris y descolorida de la cuesta... el llano y las doradas colinas y el tierno cielo cálido del poniente. ¿Por qué había pensado, la tarde anterior, apenas apagada la luz, en Ermes Torranza? ¿Por qué había soñado con él toda la noche? ¿Por qué no podía ahora librarse de esta imagen? Ya eran casi tres meses que no veía al poeta, de quien nadie en Monte San Donà le hablaba nunca, y él solo le había escrito una vez a principios de octubre para enviarle una cancioncilla. Bianca creía en los presentimientos, no dudaba que pronto vería a su amigo; pero, sin embargo, ¿cómo explicar una impresión tan fuerte? Ella admiraba el ingenio de Ermes Torranza, lo quería mucho por la exquisita nobleza del ánimo, por el conocimiento que tenía de él desde pequeña; pero el poeta tenía alrededor de sesenta años, y aunque sentía por él una amistad más apasionada que paternal, y supiese expresárselo muy bien en prosa y en verso, con la música y las flores, no podía turbar el corazón de la joven señora; con eso solo corría el peligro de ofenderlo cuando necesitaba dar una delicada palabra fría a sus efervescencias demasiado juveniles. Había pensado en él muchas veces con afecto, pobre Torranza; nunca se había visto asediada como ahora por sus imágenes. Incluso al apagar la luz le había golpeado el corazón el extraño nombre de "Ermes", y repentinamente había visto al hombre, la barba blanca, la ropa negra, la gardenia en el ojal.

Se detuvo, involuntariamente, a causa de una hoja que caía en lentos remolinos, delante de ella; y volvió a pensar en cómo lo había vuelto a ver en sueños, los dulcísimos versos que le había leído, la divina música que había tocado extendiendo la mano sobre el piano sin tocarlo. Se le fue apagando la viveza del recuerdo, y poco a poco las voces que se alejaban por la llanura, un frecuente siseo de insectos en la hierba la hicieron volver a la realidad. Se detuvo en el camino bajo las encinas cargadas de sol, mirando aparecer de la hojarasca seca los viejos troncos verdes por la hiedra que le hablaban, ¡también estos! de la estrofa en la que Torranza habla a cierta gente de propio idea:

*Se voi seguìte, aride foglie, il vento,  
Tutti si sdegnà il mio fedel cor;  
Di ruine, com'edera, è contento,  
Sul nobil tronco ch'egli ha amato, muor.*

Se lo contaría, a Torranza, estos extraños hechos. Él ya metería por medio su espiritismo, la oculta influencia de una psique sobre otra. Esa idea le golpeó el corazón como una sensación extraña, quizás no real, pero posible; y si real, también presente, también envuelto en ella; no solamente envuelto, sino escondido en su pecho, ajenos a los misterios del alma.

Una débil campana anunció la hora a lo lejos, en mitad del campo; una, dos, tres y media. Ya no creía que Torranza viniera ese día.

Bianca tembló. Le parecía oír un carruaje en la carretera de Padua, pero ¡pasaban tantas por ahí! Todos querían disfrutar aquellos agradables días de noviembre. Sí, sí, los perros de la fábrica ladraban, las ruedas chirriaba sobre la gruesa arena del sendero de la entrada. Bianca apuró el paso. Para volver a la villa debía bajar, después volver a subir.

Cerca de la casa se encontró con un muchacho que iba a buscarla. Habían llegado muchos señores en dos carruajes y la señora le había pedido que corriera a buscar a la señorita. No conocía los nombres de estos señores ni si entre ellos había un señor mayor vestido de negro con la barba blanca. Le parecía que sí, pero no estaba segura.

Bianca entró jadeante en la sala de la plata baja donde todos aún estaban en pie y Beneto distribuía, por aquí sus respetos, por allí sus reverencias, a derecha sus respetos, a izquierda su servidumbre, algún cumplido en voz baja, alguna risita ceremoniosa. Bianca se detuvo en el umbral, recorrió con una mirada a toda esa gente; el poeta no estaba. Eran los Dalla Carretta con sus huéspedes, un pequeño museo arqueológico de largas capas oscuras, de sombreritos barrocos, de medias y borlas canónicas, de caras descoloridas; gente aburrída que venía una vez al año, por conveniencia, a sentarse alrededor y mirarse a la cara sin saber qué decir después de que un viejo camarero con chaqueta oscura entrara muy dignamente llevando el café y los “pandoli” que el caballeroso Bento servía acompañado de sus habituales bromas con las que la compañía reía regularmente cada año en el mismo tono y en la misma medida.

¡Perder un hermoso atardecer de noviembre por estos! Bianca no los podía soportar, le quitaban la respiración.

“No sé” le dijo entre sorbo y sorbo de café el canónico Businello “No sé si sabe la triste noticia...”.

“No. ¿Qué noticia?”, respondió Bianca apenas moviendo los labios.

“Ah, desde luego”, dijeron dos o tres voces a la vez.

“Ah, desde luego”.

“El pobre Torranza, desdichado”, apuntó el canónico mojando el café el último pedazo de su rosquilla.

Bianca sintió una congoja en el corazón y un frío hormigueo por el rostro; no pudo articular palabra.

“Desgraciadamente”, dijo Monseñor agitando la taza para despegar el azúcar que se había quedado en el fondo. “Fallecido, sí, además...”. Soltó la taza y añadió suspirando: “Ayer por la noche, a las once y media”.

Bianca perdió por un momento la vista, pero opuso a la emoción una violenta voluntad, un ímpetu casi de cólera... y venció. La señora Giovanna la vio empalidecer y, ansiosa, quiso alzarse, pero una rápida y dura mirada de su hija la detuvo en el acto. Los señores Dalla Carretta, que conocían los malintencionados epigramas que corrían por Padua sobre las seniles llamas de Torranza, se mantuvieron apartados y se callaron.

Mientras, el canónico relataba que Torranza había estado postrado en cama dos o tres días antes sin apenas sufrir, aunque embargado por tristísimos presentimientos. La catástrofe tuvo que haber sobrevenido de imprevisto, pero eso él no podía afirmarlo. Se había marchado de Padua pocas horas antes, a las diez de la mañana. La ciudad ya era conocedora de la noticia; se sabía que la Junta Municipal tenía que reunirse de urgencia.

“La acostumbrada comedia”, exclamó el señor Beneto. “Feliz esa gente amiga de montar alboroto y gastar dinero. Capaz de agradecer a Dios que aquel pobre infeliz se haya muerto ahora que están ellos en el Ayuntamiento. ¿Y qué piensa, Monseñor? ¿¡¡Que quieren honrarlo por aquellos cuatro versos!!? ¡Ni por asomo! Es porque era famoso también él por tirar el dinero por la ventana. Solo eso. ¡Un gran hombre!”.

“Papá”, dijo Bianca muy agitada. “Si deciden algo con relación a Torranza, se honran más a sí mismos que a él”.

“Ideas todas vuestras, estas”, replicó Beneto despectivamente. “Ideas todas vuestras. No os metáis en la cabeza que él era una gran cosa. No entiendo de versos, pero hemos estado en la escuela juntos, con Torranza, y puedo decirlo. ¿Queréis poner la cabeza de Farsatti?”.

“No, no, no”, interrumpió con cierta sequedad el canónico. “Por talento, vamos a dejarlo, el pobre Ermes tenía más del necesario; pero criterio, Señora, criterio, discúlpeme, ni una brizna”.

“Era uno de mis amigos, le recuerdo, Monseñor”, respondió Bianca. “No me diga a mí estas cosas”.

“¡Ah bien!”, dijo sombríamente Monseñor. Los Dalla Carretta se sintieron turbados, pero Beneto no permitió que quedara la situación así, en un borrascoso silencio.

“Monseñor habla muy bien”, dijo, “y me maravilla que ustedes no hayan nunca comprendido ciertas cosas”.

“Bastaría con el asunto del espiritismo”, observó a media voz el viejo conde Dalla Carretta dirigiéndole una sonrisita al canónico como para confrontarlo.

“¡Euh!”, dijo este revirando los ojos y alzando la ceja. “Yo no digo nada”.

Una solterona del grupo preguntó, haciéndose la inocente, si Torranza era realmente espiritista.

“Un espiritista fanático. Tenía una biblioteca de publicaciones alemanas, francesas, inglesas y americanas sobre espiritismo. Estaba traduciendo un libro de un tal Fochte o Fichte, lleno de esas ingenuidades”.

“Se entiende que usted no lo ha leído”, interrumpió Bianca.

“Está por ver...”, saltó el señor Beneto, “...que te me conviertas en espiritista. Quisiera verlo”.

Bianca estuvo a punto de darle a su padre una respuesta audaz y aguda. Se contuvo y respondió solo que no le gustaban los prejuicios de ningún tipo.

“Ahora les podremos dar la prueba del espiritismo del pobre Torranza”, observó un señor, “porque, y esto lo he escuchado con mis propios oídos de boca de Pedrocchi, él decía que después de muerto seguramente se dejaría ver y escuchar por alguno”.

Beneto soltó una risa gutural con la boca cerrada.

“¡Jesús y María, papá!”, dijo la condesa Dalla Carretta a su progenitor.

“Loco, querida, loco”, respondió este.

“Eh, loco, pobre; eh, loco”. Cada uno miraba a su vecino, se hablaban a media voz. Bianca se levantó sin decir nada, empujó nerviosamente su silla y salió.

Beneto temblaba, la señora Giovanna estaba en ascuas. Después de un breve silencio, la Della Carretta miró, incómoda, a su marido, doblando el cuerpo; en un momento todos se pusieron en pie, contentos y aliviados por quitarse de encima un gran peso.

Beneto bajó las escaleras del brazo de la condesa, la cual le expresó con mucha hipocresía su pesar por las palabras dichas antes y por el disgusto acarreado a la señora Bianca. Beneto protestó. Solo había querido que su hija aprendiese a conocer mejor el mundo: también él había sido amigo de Torranza, por tradición de familia; pero desgraciadamente aquel viejo loco había ejercido una pésima influencia en la casa Squarcina. Mientras, tras ellos, bajaban todos los demás entre malignos susurros, interrumpidos prudentemente por alguna observación en voz alta sobre el rojo atardecer, sobre las campanas de la parroquia que tocaban por el obituario de los muertos y sobre la densa niebla que se estaba levantando por el horizonte.

En ese momento dos carrozas se adelantaron; de nuevo los obsequios, los respetos y los deberes. Las largas capas negras, los sombreritos barrocos, las borlas canónicas y los pálidos rostros aburridos se alejaban bajo los chopos. El señor Beneto se dio la vuelta, refunfuñando sobre la lectura de un folio que le había dado el enviado del Ayuntamiento, el cual le seguía con el sombrero en la mano. Junto a la explanada encontró a un sirviente que había salido a advertirle que ya estaba preparada la mesa, y se fue a llamar afuera a la dueña.

“Aquí está el anuncio de Torranza”, dijo él, “y este gentil hombre tiene otra carta. ¿Pagáis vos?”.

“¿Qué?”, dijo ella tímidamente.

“¿Qué? ¡La multa, qué iba a ser! Si vuestra hija se hace escribir por desesperados que llenan Dios sabe cuántos folios y después no son capaces de sacarse de los bolsillos ocho monedas, ¡allá ella! ¡Yo no pago, eso seguro!”.

La señora Giovanna miró la carta.

“Viene de Padua”, dijo ella vacilante.

“Eh, sí, eso, ¡paga!”.

“¡Es muy urgente!”, susurró la pobre mujer. Beneto le preguntó algo con los ojos y un asentimiento de la cabeza.

“No”, dijo ella, “Me parece o no que lo conozco, el carácter: pero de aquella casa, ciertamente no”.

“¡Menos mal!” exclamó irónicamente el marido “Ahora pues, aunque sea una locura, estoy seguro de que pagáis. Acomodaos entonces”.

Y entró en casa.

La señora no tenía una moneda en el bolsillo, pero rápidamente se puso de acuerdo con el enviado, el cual se despidió y desapareció en un parpadeo en la niebla extendida ya sobre el llano. El triste océano blanco humeaba sobre todos los cerros, levantaba las primeras hondonadas sobre la llanura de Monte San Donà. Un instante más y rodearía la casa con su denso vapor y asomaría por todas las ventanas su melancolía estúpida.

“Haría falta una luz en la mesa”, dijo al sirviente la señora San Donà, al entrar.

“Nada, nada”, gritó Beneto desde el salón, “no hace falta ninguna luz, se ve bien. Daos prisa y decir a la princesita que se digne, al menos, a no hacerse esperar”.

## II

El anuncio tan crudo, inesperado, de la muerte de Torranza había sido para Bianca un espantoso y doloroso golpe que quiso ocultar cuanto pudo a aquella necia compañía de chismosos. Guardar para sí el desdén le salía con menos facilidad, y al salir a la palestra las palabras de Torranza en el café Pedrocchi se marchó para no saltar contra su padre, el cual se reía con la aquiescencia de los otros.

Se encerró en la habitación. La imagen de un nuevo Torranza, de un Torranza muerto bastante más bueno y grande de lo que le había parecido vivo le colmaba el alma; y lo lloró, maravillada ante las propias lágrimas, ante el hecho de sentir una ternura tan profunda. ¡Haberlo dejado marchar así, sin un adiós! Era eso... si no hubiese pasado lo que había pasado, ella se habría encontrado con él en Padua, lo habría podido ver. Se recriminó haber respondido con retraso a su última carta, por no haberle dado las gracias como se merecía por la canción. Tantas otras pequeñas negligencias, tantas otras leves frialdades al punto necesarias que habían quizás entristecido al poeta, le volvían ahora todas juntas al corazón; y le dolían. Él, un potente creador de almas y de figuras ideales, la había acunado, cuando era pequeña, en las rodillas, la había aconsejado, después del colegio, en los estudios; ya casada, la había conducido a la más exquisita comprensión de cada una de las artes; finalmente, se había enamorado de ella como de las criaturas a las que su propio genio había dado vida y pasión. Ahora Bianca quería convencerse de haber sido amada de esa manera; sentía más puro, en ese concepto, el recuerdo del poeta, y se veía más alta, más cercana al país en que viven los sueños de los grandes poetas espiritualistas. Él la amaba aún, pobre amigo; le era grato recordarlo en el país de los muertos al que acabada de llegar. Había expirado a las once y media, y Bianca había sentido, antes de la medianoche, su nombre como algo extraño en el corazón.

Se acercó al umbral; era la señora Giovanna con una carta urgentísima. Bianca cogió la carta sin mirarla, le rogó a su madre que bajara a almorzar y que la dejara sola. No quería encontrarse con papá antes de estar un poco más calmada; temía que ciertas palabras la irritasen demasiado y le hiciesen decir aquello que hubiera querido. La señora Giovanna se marchó suspirando, mientras su hija, cerrada la puerta, se sorprendía de la oscuridad que había calado en la habitación a través del turbio mar que crecía delante de las ventanas. Vio por un momento los fantasmas de las erguidas macetas sobre el murecillo de la llanura,

algunos otros espectros de las cercanas plantas, después nada, ni siquiera una sombra en el blanco inmenso, igual, impenetrable. Y se sentó a mirarlos, atónita, sintiendo la voluptuosa dulzura de encontrarse allí, en su pequeña estancia cálida, pensando, en el regazo de aquel océano silencioso; sintiendo una armonía arcana, indefinible, de cosas externas con los pensamientos que le colmaban el corazón. Se acordó, de repente, de la carta que tenía en las manos y la acercó a los cristales para descifrar la letra.

“¡Oh Dios!”, se dijo para sí.

La abrió rápidamente con las manos temblorosas. Encontró dentro un escrito y una fotografía. Divisó enseguida la barba blanca, el hábito negro, la flor en el ojal; era en definitiva él, Ermes Torranza.

Sentía que tenía que leerla inmediatamente; pero no veía, no sabía qué hacer, caminaba por la habitación con la carta en las manos buscando, a tientas, una vela que no lograba encontrar. Tomó una cerilla de su mesilla de noche y la encendió. La llama emitió una débil luz sobre la brillante madera y sobre el crucifijo de bronce, una gran oscuridad llenó la estancia. Bianca se arrodilló, mecánicamente, y leyó, siempre de rodillas, el escrito que sigue:

*Padua, 26 de octubre de 1879*

*Querida, no se perturbe, no se asuste; lea esta carta como yo la escribo, con la tranquilidad más serena. No es nada; el anticuado Torranza, ¡qué cosa extraña! se va. Deme las buenas noches, querida Bianca; dispongo que esta carta le sea enviada apenas apagada la luz.*

*Avisado por una voz interna, esta mañana he hecho, espontáneamente, aquello que hizo, antes de morir, el anticuado de mi padre; ahora siento en el corazón algo que se ralentiza embargado por un silencio colmado de reverente expectación. Quizás me resten aún cuatro, seis, ocho días; ahora solo me basta una hora para Usted.*

*Bianca, en nuestras conversaciones pasadas me pareció que temía, algunas veces, a una sombra; su gentil afecto hacia mí me había turbado, no sabía cómo expresar un resentimiento. ¿No es verdad? Quizás solo estaba en mi corazón una ternura que en este momento solemne no ofende a los pensamientos más altos; toda la culpa es de la vieja y fantástica sangre que deja siempre un poco de color sobre los sentimientos y sobre las palabras. Perdóneme y sonriamos juntos, ahora.*

*Tengo que hacerle otro ruego y quiero ponerlo sobre el sello de la muerte. Me es amargo no haberle dado tiempo atrás más prudentes consejos sobre sus disensiones domésticas y descender a la tumba con este pensamiento. Bianca, por su bien, por el bien de personas que le son queridas y también un poco por mi paz en el mundo al que voy, escúcheme; no se quede en Monte San Donà. Usted, en el fondo de su corazón, ama aún un poco a su marido. Ese pobre joven provoca lástima. El otro día me habló de usted durante una hora con lágrimas en los ojos. Me dijo que le ha escrito muchas veces, me refirió que sus respuestas le ahogan su esperanza si los ancianos no consienten en una separación o, al menos, si no prometen cambiar de conducta con usted; y ellos no se doblegan ni a una cosa ni a la otra. Bianca, piense que cualquier derecho cedido en silencio, cualquier injusticia sufrida sin desdén, no por temor, sino por piedad de las injustas personas que piensas que nos ofenden, lleva a nuestra alma por encima de su contacto irritante. Vuelva con su marido. No hay tanto amor en el mundo como para desaprovechar este, uno que le es extremadamente fiel, extremadamente tierno.*

*Y ahora, si recuerda nuestras conversaciones sobre el mundo invisible y sobre los fenómenos que el mundo real se niega a reconocer, no encontrará extraño que yo desee manifestarme a usted, después de mi muerte, de algún modo sensible. La misma tarde del día en que reciba esta carta, encuéntrese sola, entre las diez y las diez y media, en su sala de*



*piano. Abra la puerta que da al jardín; las sombras de la noche deben poder entrar a través de ella. Toque entonces la breve introducción a la canción que le envié veinte días antes. Después de eso, si Dios permite que yo esté presente y pueda dar señal, aunque sea leve, la daré. Usted no conoce el miedo y querrá consentir a la última fantasía sentimental de un viejo poeta que muere.*

*Es hora de decirnos adiós, Bianca. Tengo aquí, delante de mí, una cabeza leonardesca que se le asemeja. Sus ojos son más bien grandes, los cabellos más claros, pero la expresión original del rostro es la misma. Este dulce sol de octubre que pasa entre mis libros cerrados brilla sobre el cuadro. La veo viva, dejo la pluma. La miro, la miro, una última e irracional lágrima se derrama y se pierde para siempre, como se merece. Adiós, adiós.*

*Ponga este retrato en su salón de Padua.*

*Ermes Torranza*

“Sí, sí, sí”, sollozó Bianca apasionadamente. “¡Todo!”. Tapó su rostro con las manos y prometió a Torranza, con el ímpetu de su corazón, que cumpliría todos sus últimos deseos y rezó, sin palabras, por ello.

Suavizando aquel ímpetu de su fervor, su pensamiento se adormeció y se perdió, sin darse cuenta, en otros pensamientos. Ya no rezaba; con las manos abiertas, miraba la llama de la cerilla y sentía que volvían a su corazón las conversaciones mantenidas con Torranza sobre los misterios de ultratumba.

Ni buscaba ni combatía esos recuerdos, los dejaba llegar, inertes. Llegado un momento, apagó la cerilla, rezó un poco más y se levantó. Era de noche, el blanco océano silencioso llenaba aún las ventanas, parecía que estaba en una isla. Le vino a la mente, a su pesar, un maravilloso encuentro con el poeta en una habitación oscura en el viejo castillo real de Estocolmo en medio de mar; el rey Carlos XI, sentado, taciturno, estaba frente al fuego escuchando al doctor Paumgarten hablar de la reina muerta. Luego se alzaba, iba hacia la ventana y le decía al conde Brahe: “¿Quién ha encendido las luces de la sala de los Estados?”.

Allí adentro no había luces; apoyando el rostro en los cristales se veía a lo alto, en la niebla, un difuso resplandor lunar. Bianca no pudo sino pensar en la sala del piano, sola con las velas encendidas, esperando a un espíritu.

A las siete y media salió de la habitación sin luz y descendió las peligrosas escaleras con los cuatro ventanales que rompen todo un lado del edificio desde la prima planta a la cornisa. A través de los dos superiores se veía la luna aparecer y desaparecer entre la humeante niebla; huecos azulados se abrían y cerraban en el cielo.

“¿Estás aquí?”, dijo desde el final de las escaleras la señora Giovanna.

Después, la resquebrajada voz rabiosa de Beneto gritó algo más lejos.

“¡Listo! Ahora, me parece, podías volver a la cama. ¡Listo!”.

Bianca no se preocupó. ¡Aquel padre amoroso quería solo que le costara poco el regreso a casa Squarcina!

Él estaba en el salón, tocaba y volvía a tocar una baraja de cartas sobre la mesa, impaciente para que su mujer llegara para la acostumbrada partida.

“¡Venga!”, dijo brusco, “¡Venga! ¡Vamos!”

La resignada señora tomó asiento en un ángulo de la mesa después de coger un quinqué de petróleo. Bianca se sentó en el sofá, en la sombra. Pobre mamá, pensaba, ¡qué vida! Emilio era débil, no sabía protegerla; sin embargo, ¡qué diferencia con su padre! Ella estaba segura de su marido, si no estuvieran los viejos la harían reina de su casa. ¡Había ido a llorarle a Torranza, pobre Emilio! Sentía que también ella lo quería, y necesitaba aceptarlo como la naturaleza lo había hecho.

“¡A vu!”, refunfuñaba en todo momento el señor Beneto, “¡A vu! ¡Vamos!”

Él no le dirigió ni una palabra más, y después de las ocho y media se marchó, como de costumbre, a la cama. Entonces la señora Giovanna, que nunca antes se había atrevido a respirar, se colocó alrededor de Bianca para atenderla con una premura tímida y apasionada al mismo tiempo; pero Bianca no aceptó nada.

“¿Aquella carta?”, dijo su madre, “¿Era de tu casa?”.

“No”.

“¿Malas noticias?”.

“No, mamá”.

“Porque... he visto que era muy urgente”, respondió la otra vacilante.

Bianca se alzó y la abrazó.

“Mamá”, dijo en voz baja, “¿y si me marchase pronto? ¿Y si volviese con Emilio?”

“¡Oh, Dios!”, respondió la señora Giovanna conmovida. “¿Qué quieres que te diga? En conciencia no podría decirte que no”.

“Quizás lo haga, mamá”.

Las lágrimas aparecieron en los ojos de la señora Giovanna.

“¡Pero que te maltraten luego!”, dijo ella con voz sofocada y añadió tras un breve silencio: “Si es por papá, sabes bien cómo es. No hay que cuidar, en absoluto, ciertas apariencias”.

“No, mamá, no es por papá”.

“Bueno, querida, ¿qué quieres que te diga?”.

La pobre mujer agarró su labor y se puso a tejer nerviosamente. Tras las secas respuestas de Bianca no se atrevía a mencionar lo de la urgente carta, aunque comprendía que el secreto de ese probable regreso a la familia debía encontrarse en ella. Tejía y callaba, esperando obtener alguna explicación con el silencio que era como un digno lamento de la discreción de Bianca, un veloz esperar a que hablase. Pero Bianca no abrió la boca, por lo que, sobre las diez, la buena señora, mortificada y no teniendo el valor para usar la autoridad, soltó su labor y preguntó a la hija si quería irse a la cama.

Bianca respondió que no tenía sueño. Iría con mucho gusto a la salita de esa planta a tocar un poco de música. Su madre quería hacerle compañía, pero ella protestó tan nerviosamente que la señora Giovanna le pidió perdón y, encendida una vela, subió las escaleras iluminando su cerúleo rostro con la luz de la lámpara de petróleo.

Bianca se encaminó hacia el pasillo que daba a las estancias desiertas en el ángulo noroeste de la casa. Entró en una sala no muy grande, pero con los techos muy altos, toda decorada con frescos mitológicos, vacía; y encendió, con mano firme, las velas que había encima de su piano, atravesado en una de las esquinas. La lenta luz se alargó, hacia la derecha, sobre una mesita atestada de partituras; a izquierda, sobre una jardinera; a lo alto,

sobre los enormes miembros de no sé sabe qué divinidad. No había otros muebles en toda la sala; los pasos de la joven señora producían un sonido largo, vibrante.

Miró el reloj: pronto serían las diez. Buscó una partitura y la posó sobre el atril. Después se sacó del pecho el retrato de Torranza y miró durante un largo momento la calva cabeza escultórica del poeta. Oh, quería mucho complacer el último deseo, aunque fuera una locura, quería fielmente componer la poética escena en la que, tal vez, él había pensado con cierta complacencia antes de morir.

Se justificaba de esa manera consigo misma de sus preparativos y de sus emociones, sin confesarse que esperaba de verdad, con un oscuro instinto del corazón, cualquier cosa extraordinaria. Dejó el retrato sobre el atril y se quedó un momento, involuntariamente, escuchando. ¿Qué se movía detrás de ella? Nada, una hoja resbalaba sobre la pila de partituras. Bianca se inclinó para leer los versos reproducidos en la hoja que descansaba encima de la pila de partituras que tenía delante. Habían sido compuestos, lo sabía, a mitad de camino entre la pasión y el sentimiento religioso, por un joven amigo de Torranza, muerto pocos meses después junto a una mujer que no era la suya y a la que amaba, muy a su pesar, en silencio; y decían así:

#### Ultimo pensiero poetico

*Le finestre spalanca a la luna;  
T'inginocchia, mi sento morir.  
Da i terror de la cieca fortuna,  
Da la guerra de i folli desir,*

*Esco e salgo ne' placidi rai  
Lo splendente universo a veder,  
A bruciar ne l'amor che bramai,  
Che non volli qui impuro goder.*

*Ma se orribile un ciel senza Dio  
Tra le stelle funeree mi appar,  
Ricadrò su quel cor ch'era mio,  
Disperato m'udrai singhiozzar.*

Bianca se cubrió el rostro con las manos y pudo ver en su interior las siniestras palabras: “Ma se orribile un ciel senza Dio / Tra le stelle funeree mi appar”.

Imaginaba con un escalofrío lo que sentiría si oyese llorar junto a ella en el silencio. Abrió la canción para tocar de pasada la introducción, no demasiado fácil, que había leído solo una vez. Pero las páginas no querían mantenerse abiertas y se cerraban en todo momento importunamente. Las mantuvo con el retrato de Torranza; de este modo tocó, suavemente, las quince o veinte notas de introducción que recordaba muy bien del comienzo de *Dernière pensée musicale* de Weber.

¡Dios, cómo hablaba aquella música! ¡Qué amor, qué dolor, qué desalentado llanto! Entraba en el pecho como un irresistible río, lo hinchaba, le introducía el tormento de sentir la pasión sobrehumana sin poder comprenderla. Bianca se levantó con los ojos bañados en lágrimas y fue a abrir los postigos de la puerta que daba al jardín. “Las sombras de la noche”, había escrito Torranza, “deben poder entrar en la estancia”.

La noche era clara. Los árboles del jardín se veían difuminados por la blanquecina niebla. Ni un susurro, ni un soplo; la niebla, muda y sorda, era inamovible. Bianca regresó con un ligero estremecimiento al piano. Miró otra vez el reloj; eran las diez y cuarto. Entonces se

decidió, se centró en las partituras que tenía delante, desterró cualquier otro pensamiento, cualquier otra ansiedad, como si hubiera tras ella una severa muchedumbre observándola, y arrancó del piano con su nerviosa gracilidad la primera nota.

Tocaba jadeando por el esfuerzo de poner toda el alma en la música, de no pensar en lo que vendría después. Le fue imposible seguir las últimas tenues notas de la introducción; el corazón le latía demasiado fuerte. Pasaron diez, veinte, treinta segundos eternos. Silencio.

Bianca alzó un poco la cabeza. En aquel momento dos golpes quedos, apresurados, se escucharon cercanos a ella. De un salto se puso en pie, recuperando rápidamente el sosiego, y se mantuvo a la escucha. Otros dos golpes apresurados, más fuertes que los primeros; después un golpe ligero en el umbral de la puerta abierta a las sombras de la noche. Bianca miró. Había entrado una sombra, una figura humana. La joven señora lanzó un grito: “¡Emilio!”, dijo ella. Pero era su marido.

Él se adelantó enrojecido, con pasos inciertos y los brazos extendidos, y con una expresión en los ojos de igual contradicción de incomodidad y ardor. Bianca, petrificada, no se movía.

“¡Me esperabas bien!”, dijo él suplicante mientras se detenía.

Fue como un relámpago. Bianca se echó a reír pensando en cómo Torranza había planeado esto y respondió: “Sí”. Y enlazó sus brazos en el cuello de su marido con un ímpetu tan repentino que el pobre joven, entre la felicidad y la incompreensión, perdió la cabeza. No sabía sino repetir entre beso y beso: “perdón, perdón”. Pero ella ni siquiera lo escuchaba y lloraba, lloraba, sintiendo una tierna gratitud hacia su pobre amigo, un gran consuelo por estar en el sitio en que Dios, finalmente, le había dado en el mundo, con ese corazón quizás débil, quizás no en grado de comprenderla, pero bueno y fiel.

“Estar aquí con la puerta abierta”, susurró el joven acariciándola, “¡con este aire húmedo, con el dolor de cabeza que tienes! ¡No es esto lo que quiero!”.

Ella pasó rápidamente del llanto a la risa, y rio, rio sobre su pecho, rio deliciosamente sintiendo que volvía esa loca alegría del viaje de su luna de miel. ¡Pobre querido Emilio, creer que aquel ligero dolor de cabeza de dos meses antes aún le duraba! Él se quedó un momento perplejo y a continuación rio también él con todo su corazón.

“Escucha”, dijo ella al cabo de un momento poniéndose seria: “ahora, explícame bien todo”.

Su marido pareció sorprenderse.

“¡Pero si ya lo sabes!”, respondió.

“Lo sé, pero me gustaría escucharlo de tu boca. Ven aquí, cuenta”.

Caminaron arriba y abajo por la sala, estrechándose la cintura con un brazo y hablando en voz baja.

Él tenía prisa, quería decirlo todo en dos palabras, decir que Torranza le había escrito para que fuera y para que lo hiciera ya. Pero ella no lo entendía así. ¿Tenía consigo la carta de Torranza? No. ¿Cuándo le había llegado? Esta misma mañana antes del mediodía. ¿Y qué decía exactamente? Decía más o menos: la noche del día en que recibas esta carta, encuéntrate entre las diez y las diez y media en Monte San Donà. Si vez luces en la sala del piano, si escuchas tocar y si la puerta está abierta, entra, que Bianca te espera y está dispuesta a volver contigo. ¿En qué fecha estaba datada la carta? ¿También la fecha? Él ya no quiso responder ni escuchar; su alegría, su pasión, tenían el derecho, a partir de ahora, a interponerse por delante de todo. Estrechó a Bianca entre sus brazos y se hundió en su cuello

con tal ímpetu de ternura que también ella se quedó sin palabras. Pero, imprevistamente, un ligero sonido la agitó.

“¡Calla!”, dijo ella alzando el rostro. Colocó las manos en el pecho de su marido y miró hacia el lugar desde donde había proveniendo el sonido.

En el atril del piano, la romanza *Ultimo pensiero poetico* se había cerrado sobre el fragmento que Bianca, poco antes, había mantenido abierto; el retrato de Ermes Torranza ya no se veía. A su amiga le pareció que aquella era la señal prometida, el último adiós del poeta, el cual, completada su propia obra, se despedía silenciosamente diluyéndose en la sombra, o por las condiciones misteriosas de su existencia superior o tal vez por efecto de un melancólico sentimiento perfectamente comprensible.

“¿Qué ha sido eso?”, preguntó Emilio. “¿Qué tienes que suspiras?”

Bianca volvió a inclinar su rostro sobre su pecho: “Nada”, dijo ella.

**Traducción de María Natalia Trujillo Rodríguez**